

MANUELA SÁENZ Y LAS FURIAS NEGRAS

Silvia Miguens*

*El hombre solo ha escrito las leyes de los pueblos y sus códigos.
La sociedad es el hombre, por consiguiente, ha reservado toda la supremacía
para sí.*

*El círculo que traza en derredor de la mujer es estrecho, inultrapasable.
Lo que en ella clasifica: crimen, en él lo atribuye a debilidad humana.*

Juana Paula Manso (Argentina, 1854)

“No es raro que ese desorden de situaciones, puestas al azar desde el inicio de los tiempos, haya dado como conclusión al hombre. Millones de veces esos sucesos fueron esbozados en el dibujo del hombre, pero otras tantas millones de veces esos bocetos engendraron apenas una piedra, un coral, una flor, un caldero, una lámpara, puede que un cometa. Una maravilla pues, habiendo utilizado esa infinidad de partículas que vibran por aquí y por allá, partículas que cambian que se mueven que se descomponen y renacen; una maravilla pues, que todo eso alcance para dar forma y vida a tanta vida; una maravilla pues que de esos juegos del azar resulta siempre algo. Una maravilla pues, que ese algo, una mujer por ejemplo, será admirado siempre por un atolondrado que no sabe lo poco que ha faltado para que el azar no le hubiese obsequiado esa sola oportunidad”. Manuela dejó de leer. Por un rato recorrió con la yema de los dedos las líneas doradas y el relieve de las letras en el lomo del libro. Cruzó los brazos sobre el pecho encerrando el volumen, y en el abrazo apoyó el mentón en el borde amarillento del grueso de las páginas.

No recuerdo de dónde extraje este párrafo, puede que del *Cyrano*, lo cierto es que, mientras escribía *La gloria eres tú*, conminé a Manuela Sáenz a que lo leyera en voz alta, aquellos días, en Perú, cuando Manuela aún no conocía a Simón Bolívar. No en persona al menos. Sin embargo Manuela alimentaba ya algún deseo por ese gran-hombre-grande que iba a conocer en tiempos no tan lejanos y esas palabras que acababa de leer le iban a caer como anillo al dedo para definir y pensar al Libertador. Efectivamente, al poco tiempo Simón Bolívar se convirtió en uno de los tantos *atolondrados*, que nunca atinarían a saber hasta que punto el azar les había sido beneficioso obsequiándoles la oportunidad de conocer a la señora Manuela Sáenz.

Manuela Sáenz, nació al año de un terremoto que en pocos minutos arrasó la ciudad de Quito. Por supuesto que al comenzar a leer aquellos primeros datos no dudé que el alumbramiento, en la novela, iba a producirse durante el terremoto.

* Escritora. Ha escrito sobre las mujeres de América del sur, la historia de sus amores y sus luchas, en novelas como: *Lupe*; *Ana y el Virrey*; *La gloria eres tu*; *Anita Gorostiaga*; y *Cómo se atreve*.

Imprescindible para comenzar a entender, justificar, considerar o meterme en la piel y la entereza de esta mujer-soberbia y animarme a novelar su historia novelesca.

Y, si bien Manuela Sáenz nace en Ecuador no puedo dejar de mirarla, no pude durante todo el tiempo de la escritura, sino identificarla considerablemente cerca de la mujer colombiana. Aunque quizá simplemente haya sido porque, iniciada la novela en Buenos Aires, avanzaría luego y hasta ponerle fin en la mismita Bogotá, comenzando a descubrir desde la primera fila del teatro de situaciones, no solo la historia de Colombia sino la historia de sus mujeres. Sin embargo esa colombianidad que encuentro en Manuela, no es con todas las mujeres colombianas, no con las mujeres comunes que, igual que yo, deambulan por las calles, las universidades o las oficinas, sino con las mujeres de armas tomar. Mujeres capaces de tomar todo tipo de armas en defensa de su hogar, su tierra, de todos sus hombres, su patria, su conciencia y su propia cruz, arma incuestionable ante cualquier ataque o defensa frente al enemigo.

Y cuando digo 'mujeres capaces de tomar las armas' y cuando digo aún: 'todo tipo de armas', no me refiero sólo a fusiles, sables o bombas, sino a que cientos, miles de mujeres, no somos capaces como fue Manuela Sáenz, de tomar sables y fusiles y además conservar esa fe, ancestral o primaria, que las hace esgrimir y que hizo esgrimir a Manuela, aquellas otras armas utilizadas desde siempre por las mujeres: el encanto, la seducción, la maternidad, las intrigas, las mentiras piadosas y las que no lo son tanto, la venganza, las lágrimas. Esas lágrimas femeninas, de plañideras, consideradas símbolo propiciador de la lluvia y que en otras épocas tenían la finalidad de propiciar a la Gran Diosa de la Naturaleza, Diosa Madre Llorona, para que enviase las aguas y hiciese resucitar a su dios y germinar a la semilla.

De todos modos no es esta imagen de plañidera, la que nos sugiere Manuela Sáenz, y no porque nunca haya llorado, no imagino más que un profundo llanto quebrando todo su ser cuando Bolívar parte de Bogotá hacia su próximo destino, Europa. Pero el Libertador ni siquiera llegó a embarcarse, la muerte lo alcanzó a pocos días de llegar a Santa Marta. Algunos dicen que Manuela no quiso viajar con él, tal vez él no consideró llevarla. Lo cierto es que Manuela se queda en Bogotá, llorando o no, enfrentando a los enemigos de Bolívar y a sus propios enemigos. Cuando Manuela Sáenz, meses después y ante su requerimiento en varias de las últimas cartas, decidió ir a Santa Marta, a verse con Bolívar, era tarde hasta para llorar, sin embargo lloró.

'Cuando recibió la noticia, Manuela, guardó el pañuelito en el puño de la blusa y volvió a la carta. Había sido fechada el 18 de Diciembre del año 30 y le fue entregada cuando intentaba subir, en Honda, a la embarcación que la hubiese llevado hacia Santa Marta.(...) Ya sin afán, su mirada tropezaba con las palabras de Perú De La Croix: Ojalá el cielo, más justo que los hombres, echase una ojeada sobre la pobre Colombia, viese la necesidad que hay de devolverle a Bolívar e hiciese el milagro de sacarlo del sepulcro...pobre De La Croix, había murmurado Manuela, desenterrar a Bolívar para salvar a Colombia. Pensar en Bolívar como único baluarte. ¿Acaso nunca escuchó decir al Libertador que tan solo el pueblo conoce su

bien; que tan solo el pueblo es dueño de su suerte y que, nunca un poderoso, no un partido, no una fracción sino sólo la mayoría es soberana...? Manuela leyó ciento de veces la carta, particularmente, esa absurda quimera de sacar del sepulcro a Bolívar.

La fuerza de Manuela radicaba en su odio. Por este motivo, aún llorando, empuñó el fusil contra los que traicionaron a Bolívar. A partir de aquel fallido viaje a Santa Marta, regresó a Bogotá, donde la estadía se volvió definitivamente infausta. Panfletos, proclamas, notas en su contra publicadas por el diario 'La Aurora'. Sin embargo, Manuela recibió un apoyo inesperado:

'Nosotras, las mujeres de Bogotá, protestamos de esos provocativos libelos contra esta Señora, que aparecen en los muros de todas las calles. La señora Sáenz, a la que nos referimos, no es una delincuente...Se dice que se la quiere reducir a prisión o a destierro, si tiene culpa yo no me meto, pero como testigo ocular de su conducta pasada, creo mi deber recordar al gobierno y al público que, esta señora, cuando ha tenido todo el influjo que es notorio, sólo lo ha empleado en favores desgraciados de todas clases, dígalos la multitud que ha protegido antes y después del veinticinco de setiembre; ella es humana por inclinación natural; se dice que ella ha puesto los libelos infamatorios que pusieron en las esquinas, no, no, ella no es capaz de un lenguaje igual, es demasiada señora e ingenua o franca para valerse de un recurso tan ruin. Otro papel se encontró que decía: "Viva Bolívar", de esto sí la cree el público capaz, pero éste no es un delito'.

Pacífico gesto el de las mujeres bogotanas aunque no tanto las palabras. No obstante, el gobierno abrió sumario contra Manuela y decidió deportarla. Habían recabado testimonios que coincidían en la afrenta de Manuelita a las instituciones... como consecuencia, dijeron, a toda la sociedad bogotana que desconoce la autoridad del Libertador. Se la citó a declarar. No respondió. Se la volvió a citar. Tampoco respondió. El periódico "La Aurora", incrementó su campaña de agravios a los que se sumaron unos versos mancillando a Bolívar.

Cuando el pasquín llegó a sus manos, Manuela y sus muchachas se dirigieron a la imprenta que editaba el periódico. Levantaron ejemplares y copias de lo escrito contra Bolívar y encendieron una gran hoguera que custodiaron, hasta no quedar sino cenizas de la infamia. Los que vivían cerca de la imprenta rodearon la escena. Escena dantesca para ellos pero no lo suficientemente dantesca para Manuela Sáenz. Cuando los soldados gubernamentales lograron abrirse paso entre el humo y la gente, las incendiarias y las cenizas ya se habían dispersado hasta la casa de Manuela a pocos metros del palacio de Gobierno.

El allanamiento se produjo a poco de haber entrado Manuela a su casa. El portal, abierto de par en par, dio paso a la guardia que irrumpió, sable en mano, requisando todo. Ni siquiera desmontaron. No hizo falta. Manuela y sus muchachas salieron cuando los hombres acometían en el patio de atrás. Desbarataron plantas, materas, cristaleros, libros, escritorio y el cuarto de Manuela. Afuera cortaron la soga con la ropa tendida y rompieron a sablazos y contra el suelo, los angelitos arcabuceros que oreaban la pintura, aún fresca, sobre una mesa. Destrozaron todos y cada uno de ellos, como si ahí se guardase algún tesoro. De igual modo habían

entrado, días antes, a lo del teniente Fernando Bolívar, sobrino de el Libertador en busca de papeles y documentos.

Por eso, quizá, la incólume serenidad de Manuela, apuntando su fusil recto al entrecejo del hombre de mayor rango, entrecejo al que también apuntaban los fusiles de Jonathás y Nathán, criadas y compañeras de toda la vida.

- Les ruego salir de mi casa, señores...a menos que haya una ley que autorice este atropello....dijo Manuela y, desacostumbrados a ese tipo de recibimiento, los hombres enviados desde la Alcaldía, dieron la vuelta y entremezclado el trote de los cascos con el tañer del ángelus en San Ignacio, marcharon prestos a dar el parte de los sucesos al señor Ministro de Relaciones Exteriores.

Durante siglos, los vencedores patriarcales judeocristianos, para extirpar la idolatría a la Diosa Madre y divulgar su ideología machista, que amparaba la superioridad de lo masculino sobre lo femenino, se sirvieron de poderosos medios de comunicación como sistema de propaganda y de control político. Y así en las diferentes regiones donde los jercas extendían su doctrina, y la extienden, entre las varias argucias para erradicar el culto femenino se dedicaron a denigrarlo, censurando y destruyendo los indicios religiosos que lo vislumbrasen, desacreditando los elementos asociados y las sacerdotisas que lo defendían. En palabras de Atienza (1991: 392): *Los valores emanados de lo femenino, del ancestral culto a la Magna Mater, fueron relegados, cuando no perseguidos y destruidos, con toda la saña de lo odiado y temido a la vez. Así se hizo por aquellos días de 1830 con Manuela Sáenz no sólo en Bogotá y otras partes de Colombia sino más tarde en Guayaquil, Ecuador, cuando intentó regresar a su tierra y también en Lima; de todos lados fue excluida hasta encallar, finalmente, y hasta el final de sus días en el puerto de Paita.*

Pero no toca sólo combatir con los hombres de igual a igual y en su reducto sino, tantas veces, toca luchar y embestir a una sociedad integrada por otras tantas mujeres incapaces de comprender el papel de la mujer, ni el suyo propio, en el desarrollo y crecimiento de los pueblos. Y tal vez, todos los caminos y los métodos son igualmente buenos, aunque nos de miedo reconocerlo y reconocernos. A causa del descontento histórico en nuestra Latinoamérica, y el trato discriminatorio hacia la mujer junto a la crisis social, económica y política, no son pocas las mujeres que hoy, igual a Manuela Sáenz y tantas otras por aquellos días, se alzan en armas. Todo tipo de armas, repito, para conquistar aún hoy nuestros derechos y hacer respetar derechos y deberes de todas nosotras/nosotros, ante nuestros pares y ante los gobernantes de turno, los dueños de la tierra, los dueños de las leyes, los dueños siempre de la historia.

En la actualidad, en Colombia, por ejemplo, como en tantos otros sitios de Latinoamérica, entre el 30% y el 40% de las fuerzas de choque son mujeres. Visten uniformes, llevan fusil terciado y se declaran combatientes revolucionarias a tiempo completo con iguales deberes, derechos y responsabilidades que los hombres, tomando parte activa como sector cabal del pueblo oprimido contra la violencia generada por el sistema. Resueltas a luchar por los derechos no sólo de las mujeres, sino de los hombres y los niños. Ejerciendo la posibilidad de verse distintas a como las ve esa sociedad contra la que luchan por su transformación

desde tantos ámbitos diferentes. Aunque de todos modos, manifiestan que también deben luchar en las propias filas o desde ellas para modificar el papel de la mujer en la sociedad, en sus relaciones personales, en la política, en la casa, en la familia, en su cotidianidad, en el sentido del aporte no ya como *ayuda* sino como *participación activa* en la lucha social.

Sin embargo predomina aún el mito de las Furias Negras, que considera que las mujeres merecen honor y respeto y, aunque la tribu se originó en la antigua Grecia, las Furias se han extendido por todo el mundo y se han ido adaptando a diferentes épocas y culturas. Según el mito, Selene reunió a estas mujeres guerreras en la Antigua Grecia. Encarnada como Artemisa, *la Cazadora*, la diosa decretó que estas mujeres lobo fuesen las defensoras del Kaos. Desde entonces, han proliferado leyendas sobre grandes heroínas. Las Furias Negras, han sido responsables de las Amazonas guerreras, las Ménades vengativas, la revuelta política de Lysistrata, las proezas militares de la Reina Bodacea e incluso de las Valquirias de Escandinavia.

En otras circunstancias, la conducta guerrera femenina a lo largo de la historia muestra que algunas mujeres, del mismo modo que algunos hombres, eligen la violencia ejerciendo su sitial en la guerra contra el dominio de los pueblos. Por qué tememos reconocer, toda la sociedad teme, la capacidad o la naturaleza violenta también en las mujeres. Quizá por este motivo, para ir comenzando a aceptar un costado nuestro que a nadie le gusta reconocer, es que en la actualidad podemos encontrar dos mujeres que han sido designadas como ministras de defensa en sus países, Chile y Colombia. Aunque instintivamente y antes que nada mostramos, no nuestra condición de guerreras, sino la de dadoras de vida. Dicen que no se contraponen. Esta conducta guerrera, quizá, surge cuando aumenta la riqueza provocando en los pueblos ambiciones desmedidas y deseos de invasión y saqueos, o sea la explotación de unos a otros. Iniciándose de este modo la lucha por el poder, dominación y conquista. Es en este momento, comienzo de esa lucha por el poder cuando se pone en peligro la sobrevivencia de la especie, que la humanidad, hombres y mujeres a la par, deben modificar sus actitudes poniéndose de manifiesto distintos métodos, no siempre pacíficos, haciendo uso de todo tipo de armas.

...Que de nuestras manos y vientres no brote ningún alimento para la guerra y la violencia. No permitiremos que el miedo nos haga cómplices de una guerra que no nos pertenece; a la realidad del dolor que deja la confrontación oponemos alianzas solidarias construidas con amor, confianza y resistencia, exclamó una multitud de mujeres colombianas y de distintas partes del mundo, que ejercieron su derecho a manifestarse, pacíficamente en este caso.

Las féminas, después de viajar por más de ocho horas bailaron, hablaron, discutieron, disertaron... Dicha expresión fue vertida en uno de los periódicos principales como notoria conclusión acerca de La Ruta pacífica de Mujeres, llevada a cabo en Barrancabermeja, Colombia, en agosto del 2001. Tras años de guerra, masacres, secuestros, desplazamientos y siendo sus víctimas principales, las mujeres clamaron por la vida. A la no violencia, con justicia social, al respecto del derecho humanitario internacional por parte de los diferentes actores armados, a una resolución política del conflicto armado donde se incluya la participación activa de la mujer en las negociaciones.

Las féminas, al decir del importante cronista, fueron galardonadas el 4 de Marzo del 2001 con el Premio Milenio de la Paz para Mujeres, ofrecido por el Fondo de las Naciones Unidas para el Desarrollo, de la Mujer (UNIFEM), junto a otras cinco organizaciones de mujeres: Flora Brovino, presidenta de la Liga de Mujeres Albanesas de Kosovo; Asma Jahangir e Hina Jilana, de Paquistán; Venda Nzambazamariya, ruandesa presidenta de Pro-femmes Twese Hamwe, y La agencia Leitana Nehan para el Desarrollo de la Mujer de Papua, Nueva Guinea).

Bien por ese premio, bien por ejercer las mujeres sus derechos en tantos frentes. Ojalá llegue también el día en que 'las féminas' no sean consideradas 'las féminas'. Ojalá sean galardonadas con un Premio Milenio de la Paz, indistinto el premio para mujeres u hombres porque indistinta es la Guerra y la Paz para hombres y mujeres. Ojalá llegue el día en que las mujeres no aceptemos premios que sólo sean para mujeres, o sea, apartado del premio de la Paz a los hombres. Ojalá las mujeres no sintiéramos ya el ser reconocidas por los hombres sabios, para actuar, gozar y dar, no al menos en mayor grado de deber o sumisión que nuestros congéneres, los hombres.

Y, en esto de 'no pedir permiso', debería ser el primer reconocimiento a Manuela Sáenz, ya que es su mayor paradigma junto al paradigma de ser, todas las mujeres en una. La guerrera, la plañidera, la amante, la vengativa, la seductora, la rebelde y la sumisa. Sumisa quizá, y sólo a veces, ante el ser amado o ante su propia conciencia política. Mezcla irreductible de todas las mujeres, Manuela, a pocos meses de ausentarse Bolívar manifiesta *al público de Bogotá, 20 de junio de 1830*,

...Quien me ofende aún no tiene la firmeza bastante para dejarse conocer y menos perseguirme legalmente. Esto me vindica. Todos saben que he sido insultada, calumniada y atacada. Confieso que soy tolerante, pero al mismo tiempo, he sido demasiado sufrida. Pueden calificar de crimen mi exaltación. Pueden vituperarme. Sacien pues su sed mas no han conseguido desesperarme. Mi quietud descansa en la tranquilidad de mi conciencia y no en la malignidad de mis enemigos o la de los enemigos S.E. El Libertador. Que, aún habiéndose alejado éste señor de los negocios públicos, no ha bastado para saciar la cólera de éstos y me han colocado a mí por blanco. Yo les digo, todos pueden hacer, pueden disponer alevosamente de mi existencia, menos hacer retrogradar ni una línea en el respeto, amistad y gratitud al General Bolívar, y los que suponen ser esto un delito, no hacen sino demostrar la pobreza de su alma y yo, la firmeza de mi genio, protestando que jamás me harán ni vacilar ni temer. El odio y la venganza no son las armas con que yo combato, antes sí, desafío al público de todos los lugares en donde he existido a que digan si he cometido alguna bajeza, por el contrario he hecho todo el bien que ha estado a mi alcance. El autor de 'La Aurora' debe saber que la imprenta libre no es para personalidades, y que el abuso con que se escribe cede más bien en desdoro del país, que en injurias a las personas a las que se ataca.

Pero a diferencia de nosotras las Furias Negras del siglo XXI, Manuela Sáenz no luchaba por el feminismo porque estaba demasiado ocupada en luchar por la independencia de Latinoamérica sin dejar de ser ella misma, plena, entera,

abundante y compleja, pero siempre al lado, al frente y a la retaguardia de Simón Bolívar.

Me tratan de orgullosa. Sí, lo confieso. Saberme poseída por el hombre más maravilloso, culto, locuaz, apasionado, noble. El hombre más grande, el que libertó al nuevo Mundo Americano. Altercábamos. Él conmigo por el empeño de mis pasiones. Pero comprendía, las mías de ser mujer y esto me pagaba mi entrega a él. Nunca supieron de la maledicencia, la mentira, la venganza, la traición o el arte Mefistofélico de que perduraría la memoria de Simón Bolívar, al quedar viva Manuela Sáenz.

No hace tanto tiempo, en la Plaza Bolívar, en Bogotá, a escasos metros de la casa, ahora museo de Manuela Sáenz, sitio de donde fue expulsada a un exilio de por vida, una artista plástica que había realizado una obra con la figura de Manuelita, decidió mostrarla simbólicamente junto al mausoleo del mismito Bolívar en dicha plaza. En medio de la pequeña ceremonia llevada a cabo por un grupo de poetas y artistas plásticos, la policía obligó a quitar la obra y dispersó el grupo en medio significativos empujones y amenazas. Así, ésta obra, que al decir de Miró, una obra nunca esta terminada sino que cada uno que la mira la va continuando, la obra de Manuela Sáenz, el símbolo Manuela Sáenz, y la obra de la escultora, en este caso, ha tomado o toma un valor diferente cada vez y actualizado aunque quizá nunca tanto. Actualmente, arrumbada en un pequeño teatro del barrio de la Candelaria, en Bogotá, una estatua de Manuela Sáenz y el espíritu de Manuela de Manuela Sáenz, esperan una nueva oportunidad de ser redimensionadas y si la oportunidad no llega, no importa ambas igual existen.

...Me olvidarán. Me olvidan siempre. Me han olvidado tanto...He nacido bajo la línea del Ecuador y aquí seguiré batallando, por siglos y milenios, las infinitas escaramuzas.

Acepto haber amado con uno de esos amores propensos a ser arrojados al hoyo de la peste...acepto ahora esta buenaventura de amar la eternidad sin pudor, sin recelos, sin juicio, sin razón...acepto amar una y mil veces más y luchar sólo contra el viento. O no luchar.

Silvia Miguens. Escritora-Argentina. Obras: Lupe (Ed. Tusquets), Ana y el virrey (Ed. Planeta), La gloria eres tú (Ed. Planeta y Ediciones Aurora), Ana Gorostiaga (Ed. Sudamericana)